

Capítulo VII

El plan de redención

Por el pecado, los hombres y las mujeres fueron separados de Dios, la Fuente de la vida; y, a menos que se acojan a la provisión hecha para su restauración, deben morir la muerte eterna (extinción). Isaías 59:2 (cf. Juan 1:4); Romanos 5:12; 6:23 (primera parte). Pero no tienen por qué perecer, a menos que lo elijan. Es posible regresar a Dios y disfrutar de la vida eterna por medio de Cristo (Juan 6:35, 40, 47, 48; 14:6).

Al morir en la cruz por nuestros pecados, Cristo nos redimió de la sentencia de muerte pronunciada por la santa Ley de Dios, la cual hemos transgredido. Más aún, Cristo nos imparte poder divino para unirnos al esfuerzo humano. Así, por la fe en Cristo (al aceptar su vida y muerte por nosotros y someternos a la guía de su Espíritu), y por el arrepentimiento y la regeneración, recuperamos lo que nuestros primeros padres perdieron.

El plan de redención fue motivado por el amor de Dios por la raza caída. Se ha provisto plenamente para nuestra salvación. Génesis 3:15; Isaías 12:2; 45:22. La acusación que los fariseos lanzaron contra Cristo: "Este recibe a los pecadores", es nuestra gran esperanza.

Lucas 15:2; Juan 3:15; 1 Timoteo 1:15; 1 Corintios 15:3; 1 Tesalonicenses 5:9, 10; Tito 3:3–8.

En lugar de esforzarnos por establecer nuestra propia justicia, aceptamos la justicia de Cristo. Su sangre expía nuestros pecados. Aceptamos su obediencia por nosotros. Entonces, el corazón renovado por el Espíritu Santo producirá los frutos del Espíritu. Por la gracia de Cristo, viviremos en obediencia a la ley de Dios escrita en nuestros corazones. Con el Espíritu de Cristo, andaremos como él anduvo. —Patriarcas y Profetas, pág. 372

El corazón orgulloso se esfuerza por ganarse la salvación; pero tanto nuestro derecho al cielo como nuestra idoneidad para él se encuentran en la justicia de Cristo. El Señor no puede hacer nada por la recuperación del hombre hasta que, convencido de su propia debilidad y despojado de toda autosuficiencia, se entregue al control de Dios. Entonces podrá recibir el don que Dios espera otorgar. Al alma que siente su necesidad, nada le es negado. Tiene acceso irrestricto a Aquel en quien habita toda plenitud. —El Deseado de todas las gentes, pág. 300.

A. GRACIA, FE Y OBRAS

Gracia

La gracia es "el don de Dios". Es un "favor inmerecido". Efesios 2:8; Romanos 5:20, 21; 6:23.

La gracia no es una licencia para que el hombre continúe en el pecado (Romanos 6:1, 2; Gálatas 2:17, 18; Juan 8:11;

Hebreos 10:26-29; 1 Juan 3:3-10), sino una provisión, un poder, para que él rinda obediencia a Dios. Aquellos que obedecen

al Señor ya no están "bajo [la pena o sentencia de] la ley" (Romanos 6:14, 15).

Están bajo la gracia de Cristo, que les permite obedecer los mandamientos del

Todopoderoso. 1 Corintios 15:10; 2

Timoteo 2:1 (cf. Efesios 6:10); Efesios 2:8-

10; Filipenses 2:13; 4:13; Tito 2:11, 12; 1

Juan 3:22; 5:3. Es la gracia que Cristo implanta en el alma la que crea en el hombre enemistad contra Satanás. Sin

esta gracia convertidora y este poder renovador, el hombre continuaría cautivo de Satanás, un siervo siempre dispuesto a

cumplir sus órdenes. Pero el nuevo principio en el alma crea conflicto donde

antes había paz. El poder que Cristo imparte capacita al hombre para resistir al

tirano y usurpador. Quienquiera que aborrezca el pecado en lugar de amarlo,

quiendrá que resista y venza las pasiones que lo han dominado, muestra la acción de un principio.

"Totalmente desde arriba."—El Conflicto de los Siglos, pág. 506.

"La mayor manifestación que los hombres y las mujeres pueden hacer de la gracia y el poder de Cristo se realiza cuando el hombre natural llega a ser participante de la naturaleza divina, y mediante el poder que imparte la gracia de Cristo, vence la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia."—Consejos para los Maestros, Padres y Alumnos, págs. 251, 252.

El único poder que puede crear o perpetuar la verdadera paz es la gracia de Cristo. Cuando esta se implanta en el corazón, expulsa las malas pasiones que causan contiendas y disensiones. —El Deseado de todas las gentes, pág. 305.

Sin la gracia de Cristo, el pecador se encuentra en una situación desesperada; nada se puede hacer por él; pero mediante la gracia divina, se le imparte poder sobrenatural que obra en la mente, el corazón y el carácter. Es mediante la impartición de la gracia de Cristo que el pecado se disierne en su naturaleza odiosa y finalmente se expulsa del templo del alma. Es mediante la gracia que somos introducidos en comunión con Cristo, para asociarnos con él en la obra de la salvación.

—Mensajes Selectos, tomo 1, pág. 366.

Fe

El hombre es salvo por gracia a través de

del Séptimo Día

fe. Juan 3:14–16; Hechos 15:11; Efesios 2:8,

9; 2 Timoteo 3:15.

"La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos 11:1).

"La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Romanos 10:17).

Mediante la fe recibimos la gracia de Dios; pero la fe no es nuestra salvación. No nos da nada. Es la mano con la que nos aferramos a Cristo y nos apropiamos de sus méritos, el remedio para el pecado. Y ni siquiera podemos arrepentirnos sin la ayuda del Espíritu de Dios. La Escritura dice de Cristo: "A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hechos 5:31). El arrepentimiento proviene de Cristo tan ciertamente como el perdón.

¿Cómo, entonces, seremos salvos? "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto", así también el Hijo del Hombre ha sido levantado,

y todo aquel que haya sido engañado y mordido por la serpiente puede mirar y vivir.

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). La luz que brilla desde la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae hacia sí. Si no resistimos esta atracción, seremos conducidos al pie de la cruz en arrepentimiento por los pecados que crucificaron al Salvador. Entonces, el Espíritu de Dios, mediante la fe,

produce una nueva vida en el alma. Los pensamientos y deseos se someten a la voluntad de Cristo."—El Deseado de todas las gentes, págs. 175, 176.

Obras

Uno de los propósitos del plan de redención es hacer que dejemos de confiar en nuestras propias obras de justicia. Lucas 16:15; 2 Timoteo 1:9; Gálatas 2:16; Tito 3:4–7; Romanos 3:27, 28; Hebreos 4:10. La razón es que las únicas obras de justicia que podemos hacer nosotros mismos sin Cristo son el pecado. Isaías 64:6; Romanos 14:23; Lucas 18:11, 12; Marcos 7:6–13. Dios tiene la intención de cambiar diariamente nuestro corazón pecaminoso, luego Cristo produce Sus obras en nosotros. Nuestra fe estará llena de buenas obras, porque "la fe sin obras está muerta". Isaías 26:12; 1 Corintios 15:31; Gálatas 2:20; 5:22, 23; Santiago 2:20–22. La obra de justicia de Cristo en nuestro corazón, renovado por el Espíritu Santo, se convierte en nuestra justicia. Apocalipsis 19:8.

B. JUSTICIA IMPUTADA Y JUSTICIA IMPARTIDA

Justificación

Cuando, por la fe, los pecadores vienen a Cristo tal como son y confiesan sus pecados, entonces los méritos de la vida de Cristo son acreditados en su favor, y son

Perdonado gratuitamente por los méritos de la sangre de Cristo. 1 Juan 1:9; Romanos 3:23–26, 31; 5:1, 9, 10, 16–19; Gálatas 2:16; 3:24; 2 Corintios 5:19, 21.

Todo lo que el hombre puede hacer por su propia salvación es aceptar la invitación: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. Ningún pecado puede ser cometido por el hombre sin haber sido satisfecho en el Calvario. Así, la cruz, con fervientes súplicas, ofrece continuamente al pecador una expiación completa. — Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 6, pág. 1071.

Cuando Dios perdona al pecador, le remite el castigo que merece y lo trata como si no hubiera pecado, lo recibe en el favor divino y lo justifica por los méritos de la justicia de Cristo. El pecador solo puede ser justificado mediante la fe en la expiación realizada mediante el amado Hijo de Dios, quien se convirtió en sacrificio por los pecados del mundo culpable. Nadie puede ser justificado por sus propias obras. Solo puede ser librado de la culpa del pecado, de la condenación de la ley y de la pena de la transgresión en virtud del sufrimiento, la muerte y la resurrección de Cristo. La fe es la única condición para obtener la justificación, y la fe incluye no solo la creencia, sino también la confianza.

La fe es la condición bajo la cual Dios ha considerado conveniente prometer perdón a los pecadores; no porque haya virtud alguna en la fe que merezca la salvación, sino porque la fe puede aferrarse a los méritos de Cristo, el remedio provisto para el pecado. La fe puede presentar la perfecta obediencia de Cristo en lugar de la transgresión y deserción del pecador. Cuando el pecador cree que Cristo es su Salvador personal, entonces, según sus promesas infalibles, Dios perdona su pecado y lo justifica gratuitamente. El alma arrepentida comprende que su justificación viene porque Cristo, como su sustituto y fiador, murió por él, es su expiación y justicia.

¡Cuán fuertes son la verdadera fe y la verdadera oración! Son como dos brazos con los que el suplicante humano se aferra al poder del Amor Infinito. —Obreros Evangélicos, pág. 259.

Mediante la misma fe podemos recibir sanidad espiritual. Por el pecado hemos sido separados de la vida de Dios. Nuestras almas están paralizadas. Por nosotros mismos no somos más capaces de vivir una vida santa de lo que era capaz el hombre impotente de caminar. Hay muchos que reconocen su impotencia y anhelan esa vida espiritual que los pondrá en armonía con Dios; se esfuerzan en vano por obtenerla. Desesperados, claman: “¡Miserable de mí! ¿Quién podrá...?”

del Séptimo Día

¿Líbrame de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:24, margen). Que estos abatidos y luchadores miren hacia arriba. El Salvador se inclina sobre la compra de Su sangre, diciendo con inexpresable ternura y compasión: '¿Quieres ser sano?' Él te invita a levantarte en salud y paz. No esperes a sentir que eres sano. Creas en Su palabra, y se cumplirá. Pon tu voluntad del lado de Cristo. Desea servirle, y al actuar según Su palabra recibirás fortaleza. Cualquiera que sea la mala práctica, la pasión dominante que por una larga indulgencia ata tanto al alma como al cuerpo, Cristo es capaz y anhela liberar. Él impartirá vida al alma que está 'muerta en delitos' (Efesios 2:1). Él liberará al cautivo que está retenido por la debilidad, la desgracia y las cadenas del pecado."—El Deseado de todas las gentes, pág. 203.

[Se cita Romanos 3:25, 26.] Esta misericordia y bondad son totalmente inmerecidas. La gracia de Cristo justifica libremente al pecador sin mérito ni pretensión de su parte. La justificación es un perdón completo del pecado. En el momento en que un pecador acepta a Cristo por fe, en ese momento es perdonado.

El justicia de Cristo

se le imputa, y ya no debe dudar de la gracia perdonadora de Dios."—Reflejando a Cristo, pág. 78.

¿Qué es la justificación por la fe? Es la obra de Dios al relegar la gloria del hombre al polvo y hacer por él lo que no está en su poder hacer por sí mismo. —Testimonios para los Ministros, pág. 456.

"La justificación significa salvar a un alma de la perdición, para que pueda obtener la santificación, y mediante la santificación, la vida celestial. La justificación significa que la conciencia, purificada de obras muertas, es colocada donde puede recibir las bendiciones de la santificación."—Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 7, pág. 908.

Cristo nos ha abierto una vía de escape. Vivió en la tierra entre pruebas y tentaciones como las que enfrentamos. Vivió una vida sin pecado. Murió por nosotros, y ahora se ofrece a tomar nuestros pecados y darnos su justicia. Si te entregas a él y lo aceptas como tu Salvador, entonces, por pecaminosa que hayas sido tu vida, por su causa eres considerado justo. El carácter de Cristo reemplaza al tuyo, y eres aceptado ante Dios como si no hubieras pecado. —El Camino a Cristo, pág. 62.

"Por una fe viva, por la oración ferviente a Dios y dependiendo de los méritos de Jesús, somos revestidos de su justicia y somos salvos."—Fe y Obras, pág. 71.

Santificación

Aunque la justificación está disponible mientras Cristo esté ministrando en el santuario, solo cuando una persona es justificada comienza la obra de santificación,

una obra de toda la vida. Con su consentimiento y cooperación, los creyentes son santificados por el Espíritu Santo, a través de la verdad, al ser guiados a toda la verdad. 1

Tesalonicenses 4:3; 2 Tesalonicenses 2:13; Juan 16:13; 17:17 (cf. Salmo 119:142); Juan 8:32; 1 Corintios 15:31 (cf. Romanos 6:6); Romanos 6:18, 22. El plan de Dios a través de

la santificación es dar a los hombres y mujeres la victoria perfecta sobre el pecado en su vida. 1 Juan 1:9; Romanos 6:14; Efesios 4:23, 24; Hebreos 12:14. La santificación del alma se logra al considerarlo firmemente [a Cristo] por la fe como el Hijo unigénito de Dios, lleno de gracia y verdad. El poder de la verdad transforma el corazón y el carácter. —

Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 6, pág. 1117.

La santificación no es obra de un momento, una hora o un día. Es un crecimiento continuo en la gracia. No sabemos cuán fuerte será nuestro conflicto un día al siguiente. Satanás vive y está activo, y cada día necesitamos clamar fervientemente a Dios por ayuda y fuerza para resistirlo. Mientras Satanás reine, tendremos que someternos a nosotros mismos, vencer obstáculos, y no hay forma de detenernos.

"No hay ningún punto al cual podamos llegar y decir que lo hemos alcanzado plenamente."—Ibíd., vol. 7, pág. 947.

"No hay santificación bíblica para quienes dejan atrás una parte de la verdad."—Ibíd.

"Y en esto sabemos que lo conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: "Yo lo conozco", y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; en esto sabemos que estamos en él" (1 Juan 2:3–5). Aquí está la única santificación bíblica genuina."—The Signs of the Times, 22 de julio de 1875.

"La santificación se obtiene únicamente en la obediencia a la voluntad de Dios."—Fe y Obras, pág. 29.

Gracias a Dios que no nos enfrentamos a imposibilidades. Podemos reclamar la santificación. Podemos gozar del favor de Dios. No debemos preocuparnos por lo que Cristo y Dios piensen de nosotros, sino por lo que Dios piensa de Cristo, nuestro Sustituto. Sois aceptos en el Amado. — Mensajes Selectos, tomo 2, págs. 32, 33.

"La santificación significa comunión habitual con Dios."—Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], tomo 7, pág. 908.

"Esta es la verdadera santificación, porque la santificación consiste en la alegría

"El cumplimiento de los deberes diarios en perfecta obediencia a la voluntad de Dios."—Palabras de vida del gran Maestro, pág. 360. Nuestra santificación es obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es el cumplimiento del pacto que Dios ha hecho con quienes se unen a él, para estar con él, su Hijo y su Espíritu en santa comunión. ¿Has nacido de nuevo? ¿Te has convertido en un nuevo ser en Cristo Jesús? Entonces, coopera con los tres grandes poderes del cielo que obran a tu favor. —Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 7, pág. 908.

La verdadera santificación une a los creyentes con Cristo y entre sí mediante los lazos de una tierna compasión. Esta unión hace fluir continuamente al corazón abundantes corrientes de amor cristiano, que a su vez reflujo en amor mutuo. —Ibíd., vol. 5, pág. 1141.

"La santificación es el fruto de la fe, cuyo poder renovador transforma el alma a la imagen de Cristo."—The Signs of the Times, 7 de junio de 1883.

Las personas no tienen poder para regenerarse a sí mismas. Job 14:4. Es solo a través de su creencia en los méritos y el sacrificio de Cristo que pueden ser justificados (perdonados), y es solo a través de la obra del Espíritu Santo en ellos aplicando los méritos de Cristo que pueden ser santificados (hechos santos o libres).

del pecado) (Tito 3:5). De esta manera, la mente o el carácter de Cristo se implanta en el alma. La justificación y la santificación, trabajando juntas, pueden llamarse regeneración o conversión, un proceso mediante el cual Cristo nos salva del pecado. Mateo 1:21 (cf. Juan 8:11); 1 Pedro 1:22, 23; Romanos 12:2; Efesios 4:22-25; 1 Corintios 6:11; 2 Corintios 7:1; Hebreos 12:14.

Nos convertimos en hijos e hijas de nuestro Padre celestial (1 Juan 3:1)—

(a) por adopción: Romanos 8:14–17;

Gálatas 4:4–6; Efesios 1:3–5, y

(b) por nacimiento espiritual (regeneración): Juan 1:12, 13; Hebreos 2:11; Juan 3:3, 6, 7; Santiago 1:18; 1 Juan 3:9; 5:18; Romanos 8:14.

C. LA PARTE DE LA HUMANIDAD

La parte de los pecadores es responder al llamado de Dios al arrepentimiento. Mateo 4:17; Apocalipsis 3:20; Hebreos 3:15 (cf. Mateo 22:14); Marcos 2:17; Hechos 2:37, 38. Es Dios quien los guía al arrepentimiento, y ellos ceden a la influencia del Espíritu Santo cuando el llamado les llega. Hechos 5:31; Romanos 2:4. Ellos confiesan sus pecados a Dios, aceptan a Cristo como su Salvador personal, y reciben por fe lo que Cristo hizo por ellos (para su justificación) y lo que Cristo quiere hacer en ellos a través de la obra del Espíritu Santo (para su santificación). 1 Juan 1:9; Hechos 16:31;

Hebreos 12:2; Efesios 4:22–24. Hacen la voluntad de Dios obedeciendo sus mandamientos, no con su propio poder, sino con el poder recibido de lo alto, que es la gracia de Dios. Mateo 5:19, 20; 7:21; 19:17; 2 Pedro 1:3–11. Teniendo en vista su propia salvación, se bautizan, velan, oran, meditan, estudian la Biblia, someten su voluntad a la voluntad revelada de Dios (Juan 7:17; Santiago 4:7) y trabajan por la salvación de otros. Marcos 16:16; 13:33–37; 2 Timoteo 2:15; Mateo 28:19, 20; 1 Timoteo 4:12–16; Colosenses 1:28, 29. Resisten al diablo en el nombre de Cristo y por su gracia (poder). Filipenses 2:12, 13; Santiago 4:7, 8; 1 Pedro 5:6–9. Se esfuerzan por ser vencedores. 1 Juan 3:6; Lucas 13:23, 24; Apocalipsis 21:7. Lea 4T32; AA482, 483.

Nuestras oraciones al Padre son escuchadas y contestadas, siempre que tengamos una relación adecuada con Él a través del Hijo y el Espíritu Santo. Juan 14:13; 15:14–16; 16:23; 1 Juan 3:21–24; 5:14, 15; Apocalipsis 5:8; 8:4.

Manifestación externa

La justicia interior se ve atestiguada por la justicia exterior. Quien es justo por dentro no es insensible ni insensible, sino que día a día crece a la imagen de Cristo, fortaleciéndose cada vez más. Quien es

Al ser santificados por la verdad, seremos autocontrolados y seguiremos los pasos de Cristo hasta que la gracia se pierda en la gloria. La justicia por la cual somos justificados es imputada; la justicia por la cual somos santificados es impartida. La primera es nuestro derecho al cielo; la segunda, nuestra idoneidad para el cielo. —Mensajes para los Jóvenes, pág. 35.

Cristo espera con anhelo manifestarse en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo se refleje perfectamente en su pueblo, entonces vendrá a reclamarlos como suyos. — Palabras de Vida del Gran Maestro, pág. 69.

El poder de la voluntad

Cuando Cristo tomó la naturaleza humana, unió a la humanidad consigo mismo con un lazo de amor que jamás podrá romperse, salvo por la elección del hombre mismo.

Satanás presentará constantemente tentaciones para inducirnos a romper este lazo, a elegir separarnos de Cristo. Aquí es donde debemos velar, esforzarnos, orar, para que nada nos incite a elegir otro amo; porque siempre somos libres de hacerlo. Pero mantengamos nuestros ojos fijos en Cristo, y él nos preservará. Mirando a Jesús, estamos a salvo. Nada puede arrebatarnos de su mano. Al contemplarlo constantemente, somos

Creencias cristianas fundamentales del Movimiento de Reforma Adventista

del Séptimo Día

transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Corintios 3:18).—El Camino a Cristo, pág. 72.

La religión pura tiene que ver con la voluntad. La voluntad es el poder que gobierna la naturaleza humana, sometiendo todas las demás facultades a su dominio. La voluntad no es el gusto ni la inclinación, sino el poder que decide en los hijos de los hombres la obediencia a Dios o la desobediencia. —Testimonios, vol. 5, pág. 513.

Restauración completa

Todo cristiano vivo progresará diariamente en la vida divina. A medida que avanza hacia la perfección, experimenta una conversión a Dios cada día; y esta conversión no se completa hasta que alcanza la perfección del carácter cristiano, una preparación completa para el toque final de la inmortalidad. —Testimonios para la Iglesia, tomo 2, pág. 505.

"No sólo el hombre sino también la tierra habían quedado bajo el poder del maligno por el pecado, y debían ser restaurados mediante el plan de redención."—Patriarcas y Profetas, pág. 67.

Tenemos una obra que hacer para prepararnos para la sociedad de los ángeles.

Debemos ser como Jesús, libres de la contaminación del pecado. Él era todo lo que Él requiere que seamos; fue un modelo perfecto para la infancia, para la juventud, para la humanidad.

Debemos estudiar el modelo más de cerca."—The Review and Herald, 17 de noviembre de 1885.

D. PERFECCIÓN

CRISTIANA

Los redimidos estarán sin mancha ante el trono de Dios. Salmo 37:37; Mateo 5:48; Lucas 6:40; Filipenses 3:15; 1 Pedro 5:10; Judas 24. Antes del fin del tiempo de gracia, todo el pueblo de Dios será limpiado de toda contaminación. A su venida, Cristo no los hará, sino que los "encontrará", sin mancha. Apocalipsis 7:13, 14; 14:5; 1 Corintios 1:7, 8; 1 Tesalonicenses 5:23; 2 Pedro 3:12, 14; 1 Juan 3:2, 3.

Estamos en favor ante Dios, no por ningún mérito nuestro, sino por nuestra fe en 'el Señor, nuestra justicia'. Jesús está en el Lugar Santísimo, para comparecer ahora ante la presencia de Dios por nosotros. Allí no cesa de presentar a su pueblo momento a momento, completo en sí mismo. Pero porque estamos así representados ante el Padre, no debemos imaginar que debemos presumir de su misericordia y volvernos descuidados, indiferentes y autocomplacientes. Cristo no es el ministro del pecado. Estamos completos en él, aceptados en el Amado, solo cuando permanecemos en él por la fe. La perfección mediante nuestras propias buenas obras nunca la podremos alcanzar. El alma que ve a Jesús por fe, repudia su propia justicia.

Se ve incompleto, su arrepentimiento insuficiente, su fe más firme, débil, su sacrificio más costoso, insignificante, y se hunde en humildad al pie de la cruz. Pero una voz le habla desde los oráculos de la Palabra de Dios. Asombrado, escucha el mensaje: “Estáis completos en él”. Ahora todo descansa en su alma. —Fe y Obras, págs. 107, 108.

25:10-13; Isaías 55:6; 2 Corintios 6:1, 2; Jeremías 8:20; Apocalipsis 22:11.

Si Dios salvara a los hombres en desobediencia, después de concederles un segundo período de prueba, sometiéndolos a prueba en esta vida, no respetarían su autoridad en la vida futura. Quienes son desleales a Cristo en este mundo lo serían en el mundo venidero y provocarían una segunda rebelión en el cielo. Los hombres tienen la historia de la desobediencia y la caída de Adán, y por eso deben ser advertidos contra la tentación de transgredir la ley de Dios. Jesucristo murió para que todos los hombres tengan la oportunidad de hacer firme su vocación y elección; pero la norma de justicia en esta era evangélica no es menor que en los días de Adán, y el cielo será la recompensa de la obediencia. —The Review and Herald, 28 de septiembre de 1897.

E. NO HAY SEGUNDA OPORTUNIDAD

La Biblia enseña que la puerta de la misericordia —el tiempo en el que los pecadores reciben la oportunidad de obtener la salvación— no permanecerá abierta para siempre. El tiempo de prueba terminará poco antes del regreso de nuestro Señor Jesucristo. No habrá una segunda oportunidad después del cierre de la prueba.

Lucas 13:23-27; Mateo 7:22, 23;